



Ratzinger fue un representante del antiguo cristianismo medieval

CLAUDIA FANTI / LEONARDO BOFF :: 18/01/2023

Entrevista con Leonardo Boff :: Benedicto XVI abrazó posiciones reaccionarias y fundamentalistas

Era el 7 de septiembre de 1984 y Leonardo Boff se sentaba como acusado ante el prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, Joseph Ratzinger, en lo que a todos los efectos parecía un juicio moderno por herejía. Bajo acusación estaba su libro *iglesia: carisma y poder*, del que el ex Santo Oficio había destacado aspectos «como para poner en peligro la sana doctrina de la fe».

Pero en la mira del Vaticano no había un solo libro: había más bien esa Teología de la Liberación (TdL), que, nacida de la realidad de los pobres (interpretada con la ayuda de las ciencias sociales y el análisis marxista de la historia) y dirigida a su liberación, había alarmado inmediatamente a los centros más sensibles del poder político y religioso.

Hubiera sido, garantizó Ratzinger, una «conversación entre hermanos»-con los ojos del mundo puestos en Roma no hacía falta evocar imágenes inquisitoriales-, pero el desenlace ya estaba escrito. Al año siguiente, Boff sería castigado con un obsequioso silencio. Y en 1992, ante la amenaza de nuevas medidas disciplinarias, habría abandonado la Orden de los franciscanos y renunciado al sacerdocio, mientras continuaba incansablemente su actividad como teólogo de la liberación.

Hoy, ante la muerte de su perseguidor, dice no sentir ningún resentimiento, destacando sólo la necesidad de una «lectura objetiva» del pensamiento y la acción de Ratzinger.

Grandes palabras de elogio se han dedicado a Benedicto XVI. Usted que, junto con muchos otros, pagó personalmente la persecución del Vaticano, ¿cómo reacciona ante los comentarios realizados en los últimos días?

Es normal hablar bien de los muertos, sobre todo si se trata de un papa. Sin embargo, la teología, al no poder sustraerse a una lectura objetiva y crítica, debe tener el coraje de mostrar también las sombras de Benedicto XVI. Era un teólogo respetado cuando enseñaba en Alemania. Pero luego se dejó contaminar por el virus conservador de la milenaria institución eclesiástica, al punto de abrazar posiciones reaccionarias y fundamentalistas.

Basta pensar en la declaración *Dominus Iesus* del 2000, en la que relanzaba la vieja tesis medieval, superada por el Concilio Vaticano II, según la cual «fuera de la iglesia no hay salvación»: Cristo es el único camino de salvación y la iglesia es la única vía de salvación. Nadie caminará por el camino a menos que primero pague el peaje.

En cuanto a las iglesias no católicas, no serían «iglesias en sentido propio», sino sólo «comunidades separadas». Una puerta se cerró de golpe en la cara del ecumenismo. Su

sueño era el de una reevangelización de Europa bajo la guía de la iglesia Católica. Un proyecto irrisorio e impracticable, teniendo que arrasar con todas las conquistas de la modernidad. Pero Ratzinger fue un representante del antiguo cristianismo medieval.

Luego estaba la condenación de la Teología de la Liberación...

Para nosotros, teólogos latinoamericanos, fue una gran herida que hubiera prohibido a decenas de teólogos de todo el continente producir una serie de 53 volúmenes, titulada *Teología de la Liberación*, como ayuda para estudiantes, comunidades de base y operadores de pastoral comprometidos en la perspectiva de los pobres.

Estaba claro que no quería saber de una teología elaborada a partir de las periferias. Para los pobres fue un escándalo, para nosotros los teólogos, apoyados por cientos de obispos, una humillación.

Ratzinger ha publicado dos Instrucciones sobre la *Teología de la Liberación*. La primera fue muy dura, en 1984. La segunda, dos años después, con tonos más suaves, escrita bajo la presión de los cardenales brasileños Arns y Lorscheider. Y fue precisamente en 1984 cuando usted pasó por el juicio ante la Congregación para la Doctrina de la Fe.

El proceso terminó con la imposición de un «silencio obsequioso», eufemismo de la prohibición de hablar, de enseñar, de realizar cualquier actividad teológica. Pero no siento resentimiento cuando recuerdo aquellos días turbulentos: el hecho de haber asumido la causa de los pobres, los amados del Jesús histórico, me hizo sentir seguro. Además, ese juicio, cubierto por los medios de comunicación de todo el mundo, había ofrecido una enorme oportunidad para dar a conocer la TdL. Todos entendieron que estaba en juego no sólo una teología, sino la posición de la iglesia frente al drama de los pobres y oprimidos.

Con la censura y persecución de tantos teólogos, desde Gustavo Gutiérrez hasta Jon Sobrino, Ratzinger no ha dado buen ejemplo: no ha escuchado el clamor de los pobres, ha condenado a sus amigos y aliados y ha malinterpretado la Ley. ¡Ay de los que no se pongan del lado de los pobres, porque ellos serán los que nos juzguen!

¿Qué llevó a este malentendido?

La falta de apoyo de Ratzinger a la TdL ha hecho vacilar a muchos cristianos. Tanto más cuanto que a los teólogos de la línea de la liberación se les prohibió ofrecer asesoramiento pastoral a los obispos e incluso acompañar a las comunidades de base. Se les ha negado la alegría del trabajo pastoral y de la enseñanza de la teología. Ratzinger ha sido un factor de división dentro de nuestra iglesia latinoamericana.

¿Cómo evalúa su pontificado?

Benedicto XI dio continuidad al invierno eclesial iniciado por Juan Pablo II con el abandono de las reformas del Concilio. Con el «retorno a la gran disciplina» que promovió, incluso acentuó esta tendencia. Basta pensar en la reintroducción de la misa latina. Concibió a la iglesia como un castillo fortificado contra los errores de la modernidad, desde el relativismo

al marxismo o la pérdida de la memoria de Dios en la sociedad. Colocó la Verdad en el centro, con su defensa de la ortodoxia.

Carente de capacidad de gobernar, ha sembrado en la iglesia más miedo que alegría, más control que libertad. Era una persona afable y delicada, pero sin el carisma de su antecesor.

¿Cómo interpretó su renuncia?

Se había dado cuenta de los escándalos sexuales y financieros en la iglesia, pero sintió que le faltaba la fuerza para cambiar la situación. Necesitábamos otro papa con más pulso. No se trataba de problemas de salud, sino del hecho de que se sentía psicológica, mental y espiritualmente desamparado.

religióndigital.org / La Haine

<https://www.lahaine.org/mundo.php/ratzinger-fue-un-representante-del>